

Tangencias y divergencias: periodismo y literatura unidos por la palabra

Jesús de las Heras

Los historiadores parecen tener la certeza de que un día, hace millones de años, en un lugar del Universo al que más tarde se llamó planeta Tierra, unos monos se sintieron distintos de lo que eran hasta ese instante, rompieron a hablar y se hicieron humanos.

Aunque con algunas variantes entre las distintas teorías manejadas por los historiadores, más o menos todas coinciden en que esta transformación se produjo mientras los simios dormían. Un mono se despertó sobresaltado y exclamó: “¿Qué es esto?, ¿dónde estoy?, ¿quién soy?”, dándose cuenta de que algo esencial de él había cambiado y de que a su lado yacía, también despierta, una mona en cuyo semblante vio, igualmente, un gesto nuevo, gracioso y simpático, resplandeciente -“Está sonriendo”, pensó el mono-, que lo atraía hacia ella de forma irresistible. Ambos, a la vez, preguntaron: “¿Qué pasa”. Ambos, a la vez, se respondieron: “Somos humanos”. Y cada uno dio al otro una explicación del fenómeno, pero ninguno supo concretar, sin que cupiese duda alguna, qué pintaban allí. Desde entonces, los humanos continúan haciéndose -continuamos haciéndonos- esta misma pregunta y siguen -seguimos- intercambiando datos y especulaciones sobre lo ocurrido, lo que ocurre y lo que pueda ocurrir. Pero los historiadores están de acuerdo también en otra cosa: aquel despertar del mono a la palabra fue el comienzo del Periodismo y la Literatura, unos medios de buscar respuestas y soluciones sobre cuestiones difíciles de descifrar y de resolver en la vida o, al menos, de entretenernos mientras vivimos.

Javier Cercas aludía hace unas semanas en un artículo a un texto de Elías Canetti titulado *La profesión del escritor* donde éste daba cuenta de lo absurda que le pareció una nota de un escritor anónimo fechada el 23 de agosto de 1.939, una semana antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, “Ya no hay nada que hacer, pero si de verdad fuera escritor, debería poder impedir la guerra” -decía la nota. Canetti consideraba excesivo y alejado de la realidad que un hombre solo tuviese tal pretensión, pese a lo cual no pudo durante días dejar de pensar en ello hasta comprender finalmente que aquel escritor anónimo sabía con exactitud el significado del hecho de escribir. Esto es: “Si escribir no sirve para detener una guerra, entonces es que no sirve más que para trivialidades”, según transcribe Cercas, que concluye diciendo: “Sólo con esa conciencia de escritor fracasado es posible -o más bien indispensable- seguir escribiendo, con la esperanza insensata de combatir la trivialidad”. Efectivamente, creo que ahí radica el principio y fin – y el compromiso- de Periodismo y Literatura: contribuir a que el hombre calme sus desasosiegos, a que viva en paz, aunque tal vez sólo sirva como entretenimiento trivial. Esa es la esperanza que los mueve. Para eso la palabra y la palabra escrita.

1.- Los caminos del escritor.

“Periodismo y Literatura”. Este es el tema del que ahora toca hablar, según se ha previsto al organizar este encuentro nuestro. Un tema que se asemeja, en parte, a otros incluidos con frecuencia en los más diversos congresos y que también, con unos u otros enfoques, suele nutrir otras reuniones de escritores.

Hoy día, como bien es sabido, uno de los medios de comunicación de masas con mayor poder de influencia en la formación de la opinión individual y colectiva es la Prensa, en su acepción global de prensa escrita, radio, televisión y prensa digital. Y en la base de este medio de comunicación, de esta industria, de este poder, de esta máquina de influencia que llamamos Prensa, está el Periodismo, la doble acción – dicho muy en resumen- de contar la actualidad y modelar la opinión pública. Y esta

realidad, por el hecho de ser bien conocida, no pierde importancia sino que la incrementa.

Todos los ámbitos de la actividad humana se sienten hoy afectados e interesados por la relación y las mutuas influencias que mantienen con la Prensa, con el Periodismo. De ahí que en las más variadas reuniones gremiales (sean de empresarios, de educadores, de científicos, de políticos, etcétera), se suele introducir entre los temas a analizar alguno sobre "Periodismo y...algo general o específico relacionado con el grupo reunido". "El periodismo y la empresa", "El periodismo y la educación", "El periodismo y la ciencia", "El periodismo y la política", etcétera, etcétera. Así, por la misma razón, en el caso de un encuentro de escritores también suele ser poco menos que inevitable el hablar de Periodismo. Ahora, por ejemplo, podríamos dialogar sobre ello en relación a cómo influye la Prensa en los escritores, en las modas literarias, en el mundo editorial, o desde otros muchos enfoques. Pero hay otra razón para tratar aquí de Periodismo, una razón básica: el Periodismo es uno de los caminos seguidos -y en la actualidad más que nunca- por quien llamamos escritor, ese individuo que tiene la necesidad de escribir sobre lo que ve y lo que siente, y la materializa de diversas formas, con diferentes estilos y géneros de escritura. Tomando licencia de Jorge Manrique, digo: **Los caminos del escritor son ríos de palabras que, a veces, llegan al mar de la Literatura, y el Periodismo es uno de ellos.** Así es que hablaremos de "Periodismo y...algo más relacionado con los escritores". Hablaremos, pues, como antes anuncié, de "Periodismo y Literatura", de "Tangencias y divergencias del periodismo y la literatura, unidos por la palabra".

2.- Varias clases de escritores.

Hay varias clases de escritores. No descubro nada nuevo al decir esto, pero antes que original quiero ser claro y para ello me resulta imprescindible hacer notar tal obviedad porque el vocablo "*escritor*" abarca tanto que quizás deberíamos pasarlo por un filtro cada vez que nos tropezamos con él. (Sobre la identidad del escritor hablé estamñana aquí Enrique Domínguez Millán. Estoy de acuerdo con su análisis y su spunte de que el escritor es un creador que debe ser fiel a sí mismo, pero concretaré algunas cosas y remacharé otras).

Una clase de escritor es el periodista. El periodista centra su atención y su decir en lo más cercano, en lo más inmediato, en la actualidad, subordinado a los imperativos del medio de transmisión que le viene dado para expresar sus percepciones. Es en el hecho presente donde basa el motivo y el compromiso de su quehacer, de su escritura, y a partir de este hecho enlaza antecedentes y consecuentes, pasado y futuro, transmitiendo, en el formato a que está obligado, su visión de lo que pasa, lo que ha pasado, lo que puede pasar. Su lenguaje está, en general, enmarcado en unas normas muy específicas que le hacen ser un lenguaje *para todos*. Este es el lenguaje del periodismo básico, *normal*, que atiende a su objetivo primario de simple aviso, noticia, crónica o explicación de lo que sucede, expresado de la forma más adecuada posible para conseguir un vasto alcance de destinatarios, cuanto mayor, mejor. Por todo este conjunto de características, la escritura del Periodismo actúa en un campo limitado. Pero, a veces, esta ruta expresiva rebasa su objetivo primario, y su mensaje, envuelto en formas que escapan a las limitaciones que generalmente le son propias, va más allá, resulta tan sugerente, tan conmovedor, tan ajustado a lo esencial de la naturaleza humana que se convierte en otro tipo de ruta, un ruta de libre e ilimitada expresión, se torna en Literatura, es decir, en la forma o el camino de la expresión escrita en su grado máximo de comunicación con el destinatario, el mayor logro formal al que, quizás, todo escritor aspira: el arte literario, el decir escrito que trasciende lo inmediato. O, dicho de otro modo, a veces, la Literatura, la expresión escrita más atinada del acontecer humano, toma forma en el lenguaje periodístico.

Otros tipos de escritores dan rienda suelta a su escritura movidos por otros y dispares impulsos. Y también en ellos puede surgir la Literatura. O no.

En cualquier caso, todo escritor se desenvuelve a través de los dos tipos de sendas antes esbozados: las sendas de lo limitado y las sendas de lo ilimitado. En las primeras está el escritor periodista *normal* y también el profesor que escribe un libro didáctico de historia, el viajero divulgador de paisajes, gentes y costumbres, el analista sociológico o económico, el ideólogo y, en fin, otros muchos tipos de escritores, todos ellos sujetos a unas reglas determinantes de la estructura formal y los contenidos de su lenguaje. Y en las segundas, sin otra limitación a lo que quiere decir que su propio compromiso personal, en forma y fondo, está el escritor literario (y sólo él), pudiendo ser cualquiera de aquellos u otro distinto, siempre que en su hacer prime su voluntad de libre creación.

Con frecuencia, los dos tipos de sendas se cruzan y se producen diversas derivaciones e interrelaciones de los caminos del escritor. Entre esas formas o caminos de la escritura se suceden tangencias, convergencias y divergencias. Los campos se invaden, las formas se mezclan, las lindes se difuminan, y de cuando en cuando nacen entre los propios escritores, y entre los críticos literarios y entre los lingüistas y hasta en el lector, ansiedades y angustias traducidas en numerosas preguntas que van rebotando de acá para allá como pelotas enloquecidas: ¿Es esto Literatura?, ¿es esto Periodismo?, ¿qué camino es mejor?, ¿suplanta uno al otro?, ¿cuál suplanta a cuál?, ¿dónde acaba el escritor periodista, el escritor expositor, el escritor divulgador, el escritor analista, ese escritor que ciñe su escritura a específicos condicionantes, y dónde empieza el escritor literario, el que acomete su texto con entera libertad y con el fin de establecer con él su más firme compromiso personal ante la vida?.

3.- Se hace camino al escribir.

Ese *maremagnum* de preguntas ronda de forma permanente en el mundo del escritor. Y henos aquí, por tanto, atrapados en él, en este encuentro que ahora mantenemos (Segundo Encuentro de Escritores Conquenses). Podemos repensar, pues, en aquellas preguntas, ¿qué es lo correcto?, ¿qué, lo incorrecto?, ¿es éste escritor?, ¿es aquel poeta?, ¿es esto literario?, ¿es lo otro?, y en cuantas otras se nos ocurran, pero, como arranque, no puedo dejar de plantear la siguiente: ¿Y qué importa todo eso?. Mi respuesta es que no importa nada. Y, apoyándome en Machado, digo: **Se hace camino al escribir**. Eso es lo que importa: escribir; escribir de un modo u otro, escribir. Escribir, desde luego, lo mejor posible. Establecer una fructífera comunicación por medio de la escritura. Fortalecer y enriquecer la lengua. Cuidarla. Como acaba de decir José Jiménez Lozano, último Premio Cervantes, “no se es grande en Literatura por el estilo sino por la gramática”. Es decir, por lo que se dice y por la forma de decirlo. Por lo que se dice y por la forma de decirlo. (Coincido también con Domínguez Millán en que el estilo es lo que define a un escritor, pero entiendo que Lozano no pretende minimizar el concepto de estilo sino subrayar la importancia del contenido y la exigencia de la forma). Esa es la clave. ¿Periodismo?. ¿Literatura?. ¿Éste o aquel género?. ¿Éste o aquel estilo?. Da igual. Lo que digas, dilo bien. No usar un lenguaje vulgar. Seleccionar la expresión. La senda se hará y será por sí misma.

Llegado a esta conclusión podría decir: punto y final, pasemos a lo siguiente, se abre el debate. Pero no se si lo dicho es suficiente provocación, y estamos aquí para lo que estamos: para provocarnos, para indagarnos, para rastrear nuestros recorridos como escritores y, tal vez, encontrar nuevos elementos que nos muevan a seguir escribiendo. De modo que vayamos al asalto de esas dos torres, Periodismo y Literatura, unidas por la escritura, para mirar dentro de ellas y de su nexo, y tal vez encontrar algo que nos tranquilice o que nos inquiete más todavía.

Si nos fijamos bien, vistos uno a uno, vemos que estos dos conceptos, estos dos elementos, estas dos individualidades, son muy diferentes entre sí. Con frecuencia entran en contacto, se emparejan, y, como en todas las parejas, se dan entre sí encuentros y desencuentros, se tocan y se repelen, se unen y se separan, se interrelacionan, se influyen, pero, en definitiva, cada uno vive su vida porque cada uno de ellos es esencialmente diferente al otro. Cada uno mantiene su esencia.

El Periodismo y la Literatura, en su raíz, tienen en común la palabra y poco más. Pero ello es suficiente para considerar a ambos agua de la misma fuente, es decir, materia de realidades y sueños que le calma al hombre -aunque sólo sea momentáneamente- su angustia de ser y su sed de saber. Desde la más lejana antigüedad, la Literatura ha puesto en la palma de su mano a disposición del hombre un alimento esencial condimentado con sabrosos cuentos y fantásticas leyendas para que pudiese entender, o entender mejor, el mundo cercano o lejano en torno a él. Y así también el Periodismo le viene dando al hombre aquel mismo alimento, más y más a medida que la realidad pudo y puede ser contada con mayor rapidez desde el mismísimo lugar de los hechos. Tal alimento no es otro que la palabra. La palabra oral, primero, y, finalmente, la palabra escrita. La escritura que cuenta, que hace vivir, que hace soñar, que hace permanecer en el tiempo la expresión de las ideas, pues, lo escrito, escrito queda.

En la Literatura hay obras de diferente calidad y para todos los gustos. En el Periodismo, también. Ambos se distinguen y se separan por muchas causas y razones, pero ambos se unen, y a veces llegan a ser la misma cosa, por la palabra.

El Periodismo es **principalmente el oficio de contar la actualidad** y, a partir de ahí, alcanza variaciones que tanto lo hacen llegar a ser una potente industria como un foro de análisis del presente, del pasado y del futuro. Por derivación, la escritura del periodista dependerá -las más de las veces- de factores en su mayor parte ajenos a él. No obstante, en ocasiones, el Periodismo es Literatura.

La Literatura es **una acción creadora, un arte, el arte de la palabra escrita**. En consecuencia, el escritor será literario o no, como todo artista, en función de sí mismo.

El escritor puede llegar a la Literatura por cualquier camino de la escritura que emprenda. La Literatura puede surgir en cualquier tipo de escritura. Los distintos caminos del escritor pueden ser, a la vez, entradas y salidas entre uno y otro.

Así, entre la escritura periodística y la escritura literaria existen puntos de tangencia e interrelaciones tal como sucede entre todos los medios de comunicación humana y, en general, entre todo lo existente, y más aún, claro está, entre los elementos de las mismas especies. Las interrelaciones entre Periodismo y Literatura se aprecian fácilmente en numerosas coincidencias de elementos formales o de contenido. Bien notorias son las de tipo narrativo. Sin embargo, no hay -creo- confusión posible de ambos mundos. Son tantas y tan substantivas sus diferencias que hacen imposible el confundirlos, porque la divergencia entre ambos es fundamental no sólo en el origen sino en el fin y la forma de su manifestación. Periodismo es Periodismo. Literatura es Literatura. Cada uno puede estar en el otro, pero cada uno es él. Los une -reitero- el uso de la palabra. Y eso creo que es lo que verdaderamente importa: cómo es usada la palabra, cómo es usada la escritura, para la comunicación humana. ¿Periodismo?. ¿Literatura?. ¿Se identifican, se solapan, se tocan, se repelen, se confunden, se chocan, se abrazan?.

4.- El deseo y el hecho de contar.

Más de una vez he oído decir que en todo periodista hay un escritor frustrado. Creo que esto es erróneo. Tal afirmación se emplea a veces dotándola incluso de un tono despectivo hacia ese periodista que supuestamente lo que de verdad quiere es ser

escritor pero no acaba de serlo, o de desprecio del lenguaje periodístico. Entonces me parece, además de maledicente, sencillamente estúpida.

Cuando se hace esa afirmación, quien la hace seguramente piensa en el periodista que escribe, en el *plumilla*, no en otros tipos de periodistas como el periodista fotógrafo o el periodista dibujante o el periodista confeccionador de las páginas del periódico, de manera que, al generalizar, ya está incurriendo en un enfoque confuso de la idea. Y si entendemos que, al referirse a ese periodista que supuestamente *quiere-ser-escritor-pero-no-es*, lo que se quiere hacer es una alusión estricta y objetiva, como antes suponía, al periodista *plumilla*, podría entenderse también que lo pretendido en realidad por dicha afirmación es comparar despectivamente la escritura periodística (de información o de descripción, análisis, crítica o comentario) con la escritura literaria. Y también ante ese planteamiento estoy en desacuerdo. No admito tal afirmación genérica. En todo periodista no hay un escritor frustrado. En el periodista hay un escritor. El periodista es escritor. Sin el ánimo de contar, de escribir, es imposible ser periodista. Y más bien me inclino a creer que hay muchos periodistas, de los *plumillas*, que únicamente se sienten, son y quieren ser periodistas (esto es, escritores periodistas, ejecutores de un servicio específico de comunicación), y no escritores, en un sentido más amplio de la palabra escritor. Ahora bien, ¡claro que hay periodistas que además quieren ser escritores en el sentido de escribir algo más que lo que escriben en su medio periodístico!. ¿Cómo no habría de haberlos?. Y unos lo hacen y otros no. Unos se frustran como escritores y otros no. Resulta bastante obvio que algunos periodistas, más pronto o más tarde, se manifiestan como escritores de los más variados géneros (de ensayos, poemas, narraciones, temas divulgativos, teatro...), y que algunos llegan a crear obras de gran valor literario. Recientemente recordaba también José Jiménez Lozano que se hizo periodista porque quería ser escritor, y precisamente señalaba que en vez de “escritor” le gusta más decir “escribidor”.

El deseo de “contar” que hay en todo periodista, como lo hay en cualquier escritor, busca su salida por medio de la palabra escrita como herramienta de transmisión, y cada uno lo hará a su manera y según sus posibilidades. Me parece un juego estúpido entrar en apuntes peyorativos de nadie, escriba como escriba, excepto cuando maltrata la escritura. El periodista (escriba, fotografíe, dibuje, dirija un periódico o diseñe las páginas) realiza el **oficio** de “contar” sujeto a la **actualidad**, mientras que el escritor escribe dentro de un marco de motivaciones y condiciones más diversas y no necesariamente (o no siempre) sujeto a oficio alguno, ni a la actualidad más o menos inmediata. Estas diferencias -oficio inserto en el mercado frente a producción autónoma, y actualidad frente a intemporalidad- tienen gran repercusión (a veces negativa, a veces positiva) tanto para un tipo de escritor como para otro. El periodista está acosado por la concreción del hecho a tratar, la prisa en tratarlo, el tipo de lenguaje a emplear o el número de líneas disponibles. Cualquier otro escritor se mueve en un campo más libre, aunque no sea totalmente libre. Estas diferencias son aún mucho más profundas entre el periodista y el escritor literario, pues frente a las reglas fijas determinantes del Periodismo, en la Literatura lo esencial -insisto- es la pura creación artística, y el escritor volcado en la más pura creación literaria no tiene -no debe tener- más condicionante que él mismo. Nacen así entre Periodismo y Literatura diferencias tan fundamentales que las coincidencias que puedan darse entre ellos sólo serán eso, coincidencias, pero no signos de una misma identidad. Sin embargo, por gracia de la palabra, habrá ocasiones en que uno y otro se penetrarán hasta el punto de constituir un mismo ser en el cual el Periodismo será Literatura y, la Literatura, Periodismo. Por tanto, me parece absurdo establecer ciertas comparaciones entre unas y otras escrituras, entre unos y otros escritores, con ánimo de ensalzar o rebajar a estos o a aquellos, o de buscarle al gato más pies de los que tiene.

Ocurre también el denominar periodistas a quienes, sin serlo de oficio, escriben con frecuencia en los periódicos al hilo de la actualidad (caso de variados profesionales e intelectuales entre los que se cuenta buen número de escritores en general y escritores literarios en especial), siendo aquí más apropiado el así denominarlos pues lo escrito por esos escritores en los periódicos es material periodístico, o porque, aún sin ligarse a la actualidad, el hecho de la periodicidad de su publicación en ese medio convierte en periodística su reiterada acción. También hay escritores que sólo ocasionalmente se adentran en el periodismo o usan este medio muy esporádicamente y a estos difícilmente cabe llamarlos periodistas. Y hay escritores que nunca serán periodistas por la sencilla razón de que no pueden ajustarse a determinadas reglas del Periodismo. Sin embargo, en un periodista, que en esencia es un transmisor de sucesos, un relator, un contador, un narrador de historias, siempre hay latente un escritor.

En cualquier caso, todas esas interrelaciones suelen llevar, como antes señalaba, a esas preguntas recurrentes: ¿Dónde acaba el periodista y empieza el escritor?, ¿dónde acaba el escritor y empieza el periodista?. A mí esto me parece poco importante. Me da igual. No necesito andar mirando con lupa lo que leo para que me emocione o no me emocione, para encontrar o no en ello la belleza literaria. ¿Hay una frontera infranqueable entre Larra periodista y Larra escritor?. ¿La hay en Delibes?. ¿La hay en Umbral?. ¿La hay en Millás?.

5.- Un poco de historia

Recordemos un poco la historia.

Podemos remontarnos a la antigüedad y ya vemos que, en los inicios de estas dos formas de comunicación humana, filósofos, poetas, cronistas, cuentistas y narradores o relatores en general transmiten oralmente los sucesos de mayor interés, sean avisos y noticias de lo inmediato, sean referencias a las más diversas turbulencias humanas, amores, comercios, intrigas o guerras. Es el cometido que igualmente desempeñan juglares y trovadores en la Edad Media. Las noticias y los cánticos, glosas, dramas y romances se manifiestan ya en pliegos manuscritos que al fin serán libros y periódicos de difusión más masiva a partir de la invención de la imprenta en el siglo XV (al menos en Europa, pese a que, al parecer, ya se conocieron aquí en el siglo VI, procedentes de China, impresos hechos en planchas de madera). En una primera fase de este desarrollo, los libros abordan los temas a contar con mayor extensión y profundidad, y con un lenguaje más culto, mientras que los periódicos se limitan a dar cuenta de noticias prácticas del día a día, noticias distribuidas en la plaza del mercado, como los que se imprimieron en Valencia, Sevilla y Barcelona (de aquí data, de 1.509, el más antiguo aún conservado). Pero, a partir de los periódicos diarios (el primero, el *Daily Courant*, nace en Inglaterra en 1.702), buen número de escritores, si no la mayoría, nutre las páginas de esos diarios y Periodismo y Literatura empiezan a fundirse. En España, en este siglo XVIII, incluso se crearon periódicos expresamente literarios frente a otros más ceñidos a los avisos y noticias. La revista trimestral *Diario de los literatos de España*, nacida a mitad de siglo como vía de publicación de los más variados artículos sobre las ideas literarias, científicas, filosóficas de la época, fue, en palabras de Menéndez Pelayo, “uno de los más grandes y posibles servicios a la cultura nacional”. Así también *Mercurio Literario*, o el *Semanario Pintoresco Español*, de contenido literario, pintoresco y popular, publicado por Mesonero Romanos en 1.838. Y ya en el siguiente siglo la presencia literaria se hace aún más notoria en los periódicos, a la par que nacen nuevas publicaciones periódicas de marcada divulgación literaria como los diarios *Las Novedades* o *El Imparcial*, que además ya empiezan a insertar publicidad para depender más de sí mismos que de grupos intelectuales o partidos políticos, y revistas como *El Europeo*, *El Artista* o *El Iris* donde proliferaron el folletín-novela y las novelas por entregas. Periodismo y Literatura se

interrelacionan de un modo imparable. Nombres tan brillantes como los de Benito Pérez Galdós, Pedro Antonio de Alarcón, Leopoldo Alas *Clarín* y Mariano José de Larra, son algunos ejemplos de quienes en esos momentos tanto fueron periodistas como escritores literarios.

A mediados del XIX ya surge la polémica de si esto es Periodismo y aquello es Literatura, y a la inversa, como opciones contrapuestas. Joaquín Rodríguez Pacheco, en su discurso de ingreso en la Academia Española de la Lengua, en 1.845, sostiene que el Periodismo es un género independiente, y en 1.895, Eugenio Sellés, también en su discurso de entrada en la misma institución, afirma que el Periodismo es un género literario igual que la novela, la crítica o el drama. Larra escribe por entonces su artículo *Ya soy redactor*, donde manifiesta que la **dualidad** de periodista y escritor **se puede dar en la misma persona**. Y, ya entrados en el siglo XX, la línea de esta confluencia se prolonga y se mantiene con Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Azorín, los hermanos Machado, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Ramiro de Maeztu, José Martínez Ruiz, Ortega y Gasset, Cela, o más recientes como Delibes, Francisco Ayala, Gonzalo Torrente Ballester, Rafael Sánchez Ferlosio, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo o Antonio Gala. El artículo periodístico alcanza tal nivel de buena factura literaria y tal hondura que origina el ensayismo, del que es un claro ejemplo Ortega y Gasset, quien, sin ser propiamente un periodista, ni siquiera un escritor de periódico, toma éste como rampa de lanzamiento de sus ideas y así expresa en una colección de artículos *La España invertebrada* y también hizo aparecer por entregas en *El Sol* la que quizás es su obra cumbre, *La rebelión de las masas*. César González-Ruano, uno de los maestros del artículo literario, expresó sin dudas lo que ocurría: “La literatura se está refugiando en el artículo y los literatos de hoy son los cronistas”. Y la confluencia permanece en la actualidad, pese a que, en muchos casos, el lenguaje del Periodismo haya perdido riqueza literaria, cuestión sobre la que tanto y tan magníficamente ha alertado el ex presidente de la Academia, Fernando Lázaro Carreter, principalmente en su singular colección de artículos recopilados con el título de *El dardo en la palabra*. Francisco Ayala, en su discurso de ingreso en la Academia, recordaba que “el buen periodista sabe demasiado bien que la concisión se consigue mediante el hallazgo de la palabra precisa y del giro justo”, esto es, que la objetividad periodística no está reñida con lo literario.

La reciente XXVIII edición del Premio de Periodismo González-Ruano -de artículos periodísticos- ha galardonado a Antonio Muñoz Molina. Muñoz Molina es licenciado en Historia del Arte y miembro de la Real Academia Española de la Lengua y ha ejercido y ejerce como periodista y ha escrito –lo señalo aunque creo que no haría falta- varias novelas, ganadoras, algunas, de destacados premios y todas ellas claras muestras literarias. Otros de los ganadores de este mismo premio también son periodistas profesionales y/o escritores que escriben (o escribieron) con frecuencia artículos, crónicas, reportajes, como Vicente Verdú, Luis María Ansón, Manuel Alcántara, Francisco Umbral, Juan Cuento, Emilio Romero, José Ortega Spotorno, Víctor Márquez Reviriego, Carlos Luis Álvarez *Cándido*, Gregorio Salvador, Fernando Savater y José Manuel de Prada. La lista actual de periodistas escritores literarios y de escritores periodistas puede alargarse mucho más: Arturo Pérez Reverte, los hermanos Jorge y Javier Martínez Reverte, Rosa Montero, Juan Madrid, Maruja Torres, Fernando G. Delgado, Juan Bonilla, Manuel Rivas, Juan José Millás, Javier Cercas, Javier Marías, Juan Luis Cebrián, Manuel Vázquez Montalbán, Enrique Vila-Matas..., por citar de memoria y sin criterio alguno de selectividad simplemente unos cuantos de los más renombrados por tal actividad. Sencillamente, creo que no hay fronteras infraqueables en la escritura. Esas supuestas fronteras no son otra cosa que convencionalismos para el entendimiento, etiquetas para disecciones analíticas que con frecuencia no conducen a nada útil. Lo que hay verdaderamente, lo único que verdaderamente marca diferencias, es el planteamiento de origen, fin y medio: de dónde arranca el escritor, hacia dónde se dirige y de qué forma. Que lo escrito por el

escritor sea literario o no, depende de él. La escritura periodística, o la no periodística, es literatura cuando así la hace su autor. ¿Periodismo?. ¿Literatura?. ¿Qué más da?. El escritor, que escriba; el juicio, si es su gusto, que lo hagan otros. Importa el beneficio mutuo, si lo hay.

6.- Beneficios entre Periodismo y Literatura.

Y Periodismo y Literatura se benefician mutuamente. El Periodismo es un producto subordinado a su naturaleza de medio de relación social, comercial o política. La Literatura es un brote libre del sentimiento y la razón. El Periodismo, en la actualidad, está aportando un gran caudal de Literatura. Y la Literatura está enriqueciendo el Periodismo. El Periodismo puede transformarse en Literatura por obra y gracia de un periodista, y la Literatura puede hacerse Periodismo por obra y gracia de un escritor. Y, en ambos, siempre gracias a la misma herramienta: la palabra escrita.

Volvemos, por tanto, al acto de escribir. Al remoto acto de dar aviso escrito de la salida y llegada de los barcos o de los trenes, de la cartelera de espectáculos o de las reuniones del concejo municipal, al dar noticia de esto o aquello ocurrido cerca o lejos, al acto periodístico a través del tiempo y de la historia, y volvemos al remoto acto de contar historias, cuentos o leyendas que desde la antigüedad se torna en romances, dramaturgia, novelas, arte literario en suma... Volvemos a la palabra, periodística o no, escrita en verso y en prosa, en diálogos y monólogos, descripciones, crónicas y elucubraciones morales, con un planteamiento, un desarrollo y una conclusión. El nexo es siempre la palabra y la voluntad de expresión de esa palabra. Lo demás son meros accidentes diferenciales de una forma u otra, de un estilo u otro. En el punto álgido de la expresión escrita está el arte literario (la perfección expresiva, el compromiso y la autenticidad de lo que se dice), sea en un artículo periodístico, en un reportaje, en una crónica, o sea en un verso, un ensayo, una novela. Pero lo que importa es el camino. Lo que importa es escribir. Escribir bien. Sin dañar el lenguaje. Sin engañar al lector. En ese acto se puede llegar o no a la cima expresiva. Se llegará a ella si las Musas así lo quieren -incluso, como decía Enrique esta mañana, por encima de la voluntad del escritor-, pero, como ya han señalado algunos grandes artistas -Picasso y Cela entre ellos- las Musas sólo hablan al que está en el tajo. La inspiración más hermosa sólo llega mientras se trabaja. La literatura -en cualquier escritura- sólo nace -si nace- cuando se escribe, se escriba lo que se escriba.

El lenguaje periodístico es hijo, entre otros padres, de las limitaciones de tiempo y espacio. Eso lo hace como lo hace: apresurado y, por tanto, con frecuencia, corto de florituras. Pero también económico en la expresión, directo al grano, sencillo y claro en la construcción lingüística para lo cual se autoexige un gran rigor expresivo.

El lenguaje literario siempre procura ser fiel a la perfección gramatical, semántica y sintáctica, al significado y a la belleza, al hallazgo de lo más hondo, de lo último o final, pero exige un campo sin trabas donde realizarse. (La libertad y la fidelidad a sí mismo deben ser totales, decía Domínguez Millán, y así debe ser, aunque, dicho sea esto como paradigma pues, como también señalaba en el coloquio Florencio Martínez Ruiz, no cabe considerar al escritor como a alguien metido en una urna de cristal y, por lo tanto, hay que ser conscientes del peso inevitable que a veces ejerce sobre él la realidad).

Dos lenguajes que se entrecruzan. Y cuyas confluencias son cuantiosas.

A diario vemos los periódicos plagados de informaciones, reportajes y artículos de todo tipo donde lo escrito alcanza notables cotas de lenguaje literario, y va más allá de la inmediatez que transmite. La causa está en que al lenguaje periodístico llega la influencia literaria, bien por acción propia del periodista, bien por acción de escritores que vuelcan su escritura en los periódicos. Y también, a la inversa, advertimos en libros de diferente factura, y de buscada enjundia literaria, la influencia del lenguaje periodístico, escueto y preciso, que nombra al pan, pan, y al vino, vino, sin necesidad de adjetivos, y temas más pegados a la actualidad periodística que a la intemporalidad

literaria. El fenómeno -si vale usar esta palabra- es lógico: la Prensa es una fuerza poderosa que influye en los escritores, y los escritores no pueden dejar de usar esa fuerza para propulsar la suya propia.

7.- Pasado, presente y futuro: historias que contar.

En resumen, en otras épocas, el libro, en verso o en prosa, fue la principal aldaba que llamaba al divertimento o sacudía las conciencias de individuos y sociedades. En el refugio de los libros se contenía el tesoro literario que eran las historias a transmitir unos a otros para facilitar el conocimiento de la vida. También en la actualidad la Literatura sigue jugando ese papel por medio del libro, pero el paso del tiempo trajo otros nuevos vehículos de divertimento y concienciación sobre las maldades y bondades del mundo. Trajo un periodismo ultradesarrollado, trajo el cine, trajo la radio, trajo la televisión. Ha traído hasta Internet, que ya es el colmo. Y el escritor literario, la Literatura, no se encierra sólo en los libros. Por el contrario, se expande, como en ella es propio y esencial de su libertad creadora. Así, si la Prensa actual está llena de historias cada una de las cuales y todas en su conjunto constituyen una novela apasionante, ¿cómo no ver el periodista en los sucesos a los que se enfrenta temas de una y cien novelas a escribir?, ¿cómo no ver también cualquier escritor en ese espejo de la realidad y de la ilusión, que es el periódico, que es la radio, que es la televisión, un foco de inspiración de la obra literaria o un lugar de cobijo y una plataforma de transmisión de una obra literaria nacida de otros ámbitos?. Por eso asistimos al surgimiento -más que nunca- de periodistas novelistas, periodistas poetas, periodistas dramaturgos, periodistas ensayistas.... Y -más que nunca también- el surgimiento de escritores en general, y de escritores literarios en particular, afanados en el periodismo. Y también ahora, quizás más que nunca, advertimos ese roce, ese emparejamiento, esa simbiosis máxima entre Periodismo y Literatura. Este presente nos anuncia, creo, un futuro enriquecido de historias por contar.

Periodismo y Literatura. Entre ambos está el nexo de la palabra. Principalmente, la palabra escrita. Eso es lo que los une, lo que los diferencia. Lo que hace el camino de la escritura, de la comunicación humana, como vía de conocimiento de los hechos, como forma de conocimiento de la belleza, como medio de reflexión sobre lo que somos, que, a fin de cuentas, es lo importante. Lo que nos hace dejar de ser monos y transformarnos en seres humanos, aunque sigamos sin saber qué pintamos aquí.